

Racismo criollo: África y africanos en la producción intelectual de las elites no granadinas (1808-1861)

Creole Racism: Africa and Africans in the Intellectual Production of the Neo-Grenadine Elites (1808-1861)

Isabel Cristina Naranjo Noreña*

fitopirela@gmail.com

Enviado para su publicación: 13/05/19

Aceptado para su publicación: 07/12/19

Introducción

La construcción de miradas en torno al continente africano y las herencias que de éste pueden ser constatadas en Colombia, pasó por transformaciones que obedecieron a las dinámicas impuestas por el diálogo entre preocupaciones teóricas y acontecimientos históricos específicos. En diversos momentos, las definiciones del África y su presencia en el Nuevo Mundo se inscribieron y se reinventaron sobre la experiencia común de la esclavitud, siendo África la fuente de símbolos que alimentaron el proceso creativo de reformulación cultural. Las

* Dra. en Ciencias Sociales por la Universidade de Brasília, Mgr. en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México y Lic. en Historia por la Universidad Nacional de Colombia. Profesora adjunta de la cátedra en Historia Social Contemporánea, Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Córdoba.

experiencias coloniales diferenciadas se encargaron de diseñar las rutas por las cuales habrían de establecerse los lazos de comunicación con los espacios africanos. Así, mientras que en el *Nuevo Reino de Granada* el crecimiento y el fortalecimiento del comercio interno de esclavos en el siglo XVIII implicó una importante reducción en la entrada de africanos por los puertos comerciales y el consecuente debilitamiento de las transacciones directas con los puertos del continente africano, en el Brasil la prolongación del sistema esclavista hasta los últimos años del siglo XIX y la expresividad de los flujos de personas y mercancías entre el Nordeste brasileño y la Costa Occidental africana significó la extensión y el fortalecimiento de las relaciones con África.

Por otro lado, durante el proceso de invención de identidades nacionales en el continente americano, en el cual modelos teóricos foráneos tuvieron una participación relevante, África ocupó posiciones ambiguas que iban desde el rechazo de sus herencias a la reivindicación caracterizada por la apropiación de elementos culturales previamente despojados de su africanidad para poder convertirse en símbolos de nacionalidad. La estructuración de disciplinas académicas y la reformulación de sus objetos de estudio produjeron lecturas diferenciadas acerca de África y de los africanos. Por su parte, los movimientos sociales y políticos crearon las condiciones para el surgimiento de nuevas interpretaciones, basadas en imágenes reales o míticas sobre África y su historia.

A continuación identificaremos algunas de las tradiciones intelectuales sobre las cuales se inscribieron enfoques, ideas y disertaciones al respecto de la naturaleza del continente africano, sus poblaciones y sus descendientes en tierras americanas y específicamente en el territorio de la Nueva Granada. En este sentido, es necesario recordar que la fabricación de imágenes que diseñaron a África como un espacio asociado a la salvajería, al caos y a la violencia, teniendo en sus habitantes seres inferiores desprovistos de inteligencia y moralidad, estuvo en manos de personajes ilustrados, la mayoría de ellos hombres con una posición social

privilegiada que les garantizaba el acceso a un conocimiento especializado y lo hacía poseedor de un lenguaje característico que permitió la generación de ideas diferenciadas.

Debates en torno al clima y su influencia en los seres vivos

La pérdida de hegemonía por parte de la corona de Castilla sobre sus colonias americanas en la transición del XVIII al XIX facilitó la realización de descripciones en detalle del territorio americano debido a la apertura y desmonte de sus fronteras. Múltiples motivaciones incentivaron emprendimientos de descripción y clasificación geográfica y demográfica. Sin duda, la curiosidad de científicos y el interés de las elites políticas vinculados a las exigencias de desarrollo de mercados hicieron de estas, herramientas efectivas en el ejercicio del poder. Las imágenes de la naturaleza salvaje americana se tornan, a partir de ese momento, objeto de análisis, en soporte para la creación de sistemas de representaciones que revalidan la apropiación de esa naturaleza por Occidente.

Atendiendo a la observación de la antropóloga Margarita Serje (2011, p. 87) respecto de la impronta dejada por la disputa intelectual de finales del siglo XVIII sobre la naturaleza del continente americano, es posible afirmar que las nociones que en ese momento se gestaban acerca de la América tropical y sus habitantes, legitimaron la visión unilateral de la historia colocando sociedades humanas en diversos estadios o etapas de desarrollo que partiendo de un mismo origen, convergen al mismo fin. Bajo esta perspectiva, la idea predominante de la influencia del clima y de la geografía sobre los seres vivos adquiriría el carácter de verdad irrefutable.

Durante siglos, los efectos del clima sobre seres humanos, animales y plantas fueron preocupaciones expresadas por diversos intelectuales. Tal como lo recuerdan autores como Nieto, Castaño y Ojeda (2005, p. 96-97), la expansión

colonial sobre los territorios del *Nuevo Mundo* iniciada en el siglo XVI hizo de esta preocupación el eje central de la producción literaria europea sobre la naturaleza americana. La separación definitiva entre las zonas tórridas y las zonas templadas proporcionó argumentos para implementar parámetros de clasificación de las diferencias existentes entre los seres humanos. Las propiedades físicas y morales de los habitantes de dichas zonas, estarían definidas por el impacto de la humedad, la seca, el calor y el frío (Serje, 2011, p. 94).

El debate en torno al clima y su influencia envolvió a figuras destacadas dentro de las comunidades científicas europea y *criolla*¹. Con respecto a esta última, es necesario apuntar que en medio al desmantelamiento paulatino del imperio colonial hispánico, las élites americanas ampararon su existencia y autoridad en el diálogo entre la ciencia y la política. La primera, cuidadosamente forjada por la observación depurada de la Naturaleza a través de certeros instrumentos que al mismo tiempo permitieron la rigurosa descripción de la misma, otorgó legitimidad a las pretensiones políticas de control del territorio y sus habitantes.

El conocimiento riguroso sobre el impacto del medio en los seres vivos concedía al grupo selecto de intelectuales *criollos* la capacidad de distinguir y por tanto, de ordenar la naturaleza y el hombre en términos de civilización y barbarie. En cuanto el control del hombre sobre el medio habitado fuera mayor, más cerca se encontraría de un estadio de civilización en el cual la cultura se impone sobre el salvajismo. En este orden de ideas, el clima sería un factor determinante en el desarrollo físico y moral de los habitantes de las tierras americanas.

¹ A diferencia del Brasil donde el término *crioulo* es usado para referirse de manera despectiva a los negros, en Colombia y en otros países de América Latina, la palabra se emplea desde el período colonial para designar a los hijos o descendientes de europeos nacidos en tierras americanas. En el siglo XIX el término *criollo* estuvo asociado al proceso de formación de una identidad americana que rompiendo con el poder peninsular clamaba por la independencia de los dominios americanos. Este movimiento sin embargo, procuró diferenciar a los *criollos* de la población negra, india y mestiza sirviéndose del artificio bastante común durante la colonia de la pureza de sangre, excluyendo a estos últimos del proyecto nacional.

La discusión suscitada por las tesis defendidas por Buffon y De Pauw sobre la debilidad, inmadurez y degeneración del continente americano (Gerbi, 1982, p. 4-6), alimentó la polémica de la cual participaban reconocidos miembros de la intelectualidad *criolla* de la Nueva Granada en la primera década del siglo XIX. Teniendo como vehículo de difusión el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, publicación periódica bajo la dirección de Francisco José de Caldas y que ve la luz en enero de 1808, este grupo de intelectuales se interesó en los debates sobre la geografía, la población y el clima de esta porción del territorio americano. Con la intención de refutar las representaciones imperiales de las tierras y las gentes del *Nuevo Mundo*, los *criollos* se comprometieron con la defensa del hombre americano frente a la supuesta superioridad del hombre europeo.

Vale recordar, no obstante, que la defensa exacerbada del continente americano y sus habitantes llevada en frente por la intelectualidad *criolla*, está más emparentada con la pretensión de su superioridad étnica frente a la de sus coterráneos indios, negros y mestizos, anclada en la existencia de castas y la jerarquización garantizada por la pureza de sangre, que con un ímpetu nacionalista que reivindicara la humanidad de los americanos (Castro-Gómez, 2005, p. 292). En el marco de la campaña en contra de lo que fue llamada la “calumnia de América”, el científico *criollo* Francisco José de Caldas² se esmeraba en resaltar las capacidades físicas, morales e intelectuales de los habitantes de las tierras templadas de los Andes en oposición a la pereza, salvajismo e indisposición de los habitantes de las tierras bajas.

² Francisco José de Caldas fue uno de los miembros más destacados de la élite ilustrada del Nuevo Reino de Granada durante los primeros años del siglo XIX. Nació en la ciudad de Popayán en 1768, realizó estudios de Latín y Filosofía en el Colegio Seminario de Popayán y estudios de Derecho en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en Santa fe de Bogotá. Su interés por la Botánica, la Astronomía y la Geografía marcaron el camino de su iniciación científica, primero como miembro de la *Real Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada –1787-1816–* a la cabeza de José Celestino Mutis, figura a través de la cual entró en contacto con Alexander Von Humboldt, y después como fundador del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*. Comprometido con la lucha por la independencia, Caldas murió en 1816 fusilado por las tropas de Pablo Morillo en la tentativa española de recolonización en el Nuevo Reino de Granada.

En el artículo publicado en el mes de mayo de 1808 intitulado "*Del influxo del clima sobre los seres organizados*"—y sobre el cual se han debruzado una serie de académicos contemporáneos interesados ya sea en el debate sobre el establecimiento de diferencias raciales por la élite *criolla* en la definición de la nación, tanto como en el estudio de la formación de comunidades científicas *criollas* después de la emancipación de las colonias americanas—, Caldas se posiciona a favor de las tesis que ratifican al clima como factor decisivo en la formación del temperamento físico y moral de los seres humanos.

Con el objetivo de defender su tesis sobre la influencia del clima —expuesta en el primer número del *Semanario*— de las objeciones hechas por Diego Martín Tanco quien en carta dirigida en el mes de febrero de 1808 refutaba la relación directa del clima y la moral resaltando la importancia de la educación y de la opinión en la virtud de los hombres (Tanco, 1808), Francisco José de Caldas procuraba argumentos científicos que legitimaran sus observaciones al respecto de los efectos del calor y del frío, de la latitud y de la temperatura sobre los habitantes del planeta.

Después de indicar las posiciones extremas que asumieron los partidarios de la discusión referente a la influencia del clima sobre el hombre, pretendiendo un punto de equilibrio frente a esta polarización, el autor se dispone a enunciar la serie de efectos en la formación física —y moral, si llevamos la consideración del mismo en torno a la constitución del hombre en cuerpo y espíritu y la íntima unión entre las dos partes—, mostrando un conjunto de factores que como el calor y el frío, la presión atmosférica y la carga eléctrica definen las características de los seres humanos:

¿Cuánto debe haber sufrido el hombre, este sér delicado y flexible, en temperaturas tan diferentes? Los hombres de la Nubia, del Senegal y de Guinea, en nada se parecen al Lapon, al Groenlando, al Samoyedo y al Tongus. Los primeros, bajo de un clima abrasador, cercados de desiertos de arena caldeada, respirando un aire inflamado por los rayos solares, han

sufrido tales alteraciones en la piel, en el pelo, en la estatura, en la nariz, en los labios, y hasta en el olor de sus cuerpos, que cuesta dificultad persuadirse que tienen un mismo origen con los habitantes de las extremidades árticas de los continentes. En estas regiones hiperbóreas, el hombre, oprimido bajo el imperio destructor de un frío extremado, sobre montañas de hielo en que se apoya la bruma silenciosa y melancólica, tienen disminuída la nariz, dilatados los párpados y la boca: las proporciones y la belleza han huído lejos de estos lugares horrorosos [...]. (Caldas, 1808^a, p. 144-145).

El contraste entre los climas extremos en toda la extensión de la tierra llama la atención del autor quien a continuación se propone acentuar las diferencias existentes entre los africanos y los habitantes del círculo polar; sin embargo, con este ejercicio Caldas pretende llamar la atención sobre la evidente proximidad de los extremos en la naturaleza. A pesar de las grandes diferencias entre los pobladores de estas latitudes, los efectos devastadores de los climas extremos sobre el desarrollo físico y las virtudes intelectuales de la humanidad diseñan cuadros imperfectos de la misma:

Estas enormes diferencias, estos caracteres distintivos de los pueblos que habitan las extremidades de nuestro globo, no son sino los productos del calor y del frío, productos reconocidos por los filósofos de todas las edades, y confirmados por la experiencia; productos que, variando enteramente la constitución física del hombre, han variado sus gustos, sus deseos, sus usos, sus costumbres y sus pasiones. ¡Qué diferentes son la vida y las inclinaciones del Lapon de las del negro de Senegal! Aquél, bajo de tiendas formadas de pieles, vegeta las noches dilatadas de su invierno, alumbrado a la triste luz de una lámpara. Su bebida es el aceite de ballena y el agua; el pescado, la carne cruda de sus renos y de sus osos, las cortezas de abedul y de pino, son sus alimentos. Cubierto de los despojos de los animales del norte, atraviesa sobre patines grandes espacios, con una intrepidez y con una velocidad asombrosas. Nacido para las fatigas, no conoce otra ocupación que la caza de las zorras, de las martas, de los armiños y de los linceos. Sin religión, sin principios, sin moral, es supersticioso, grosero y sin pudor. Ofrece al extranjero su mujer, y se cree feliz si usa de ella. "Pueblo abyecto, sin más costumbres que las

suficientes para hacerle digno del menosprecio" (p.1)³; raza infame, degenerada y circunscrita en los hielos polares. **El Africano de la vecindad del Ecuador, sano, bien proporcionado, vive desnudo bajo de chozas miserables. Simple, sin talentos, sólo se ocupa con los objetos presentes. Las imperiosas necesidades de la naturaleza son seguidas sin moderación y sin freno. Lascivo hasta la brutalidad, se entrega sin reserva al comercio de las mujeres. Estas tal vez más licenciosas, hacen de rameras sin rubor y sin remordimientos. Ocioso, apenas conoce las comodidades de la vida, a pesar de poseer un país fértil, apacible, cubierto de árboles y cortado de ríos por todas partes. Bajo de un cielo inflamado, agota la sustancia de su cuerpo por el sudor y por la transpiración. Sus días son cortos; a los cuarenta o los cincuenta años ha tocado con la senectud. Aquí idólatra, allí con una mezcla confusa de prácticas supersticiosas, paganas, del Alcoran, y algunas veces también del Evangelio, pasa sus días en el seno de la pereza y de la ignorancia. Vengativo, cruel, celoso con sus compatriotas, permite al Europeo el uso de su mujer y de sus hijas. Ñame, plátano, maíz, hé aquí el objeto de sus trabajos y el producto de su miserable agricultura. Unas veces mañoso, otras feliz, vence al tigre, al león y al elefante mismo.** (Caldas, 1808^a, p. 146-147)⁴.

La cita anterior merece especial atención en tanto referencia directa a los habitantes del continente africano. La asociación inmediata del África al calor abrasador y a la naturaleza exuberante, vinculados al carácter salvaje, lascivo y perezoso de los naturales de esta región del planeta, será recurrente en la producción científica y literaria de los intelectuales *criollos* durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX. Esta relación determinará la inherencia del vínculo establecido entre la población de origen africano y sus descendientes en América, y los climas cálidos de las llamadas tierras bajas de los Andes. En el artículo publicado en el primer número del *Semanario*, la exposición hecha por Caldas de las características de esta región y de sus habitantes, remiten al lector a las descripciones de las tierras y las poblaciones africanas:

³ Cita da obra de Buffon: Buffon, t. 5, pág. traduc. Cast.

⁴ Subrayado mío.

Todo este país está enteramente cubierto de selvas colosales en donde una vegetación vigorosa no deja otros vacíos que los que les disputan las ondas. Aromas, bálsamos, maderas preciosas, palmeras diferentes, yerbas medicinales, flores desconocidas, aves vistosas, bandadas de saínos (*sustajussu L.*), familias numerosas de monos anfibios diferentes, insectos útiles, reptiles venenosos, llaman a los naturalistas. Pocas poblaciones, algunos grupos de chozas pajizas sembradas a largas distancias, y siempre en las orillas de los ríos, es lo único habitado de este inmenso país. Algunos indios a medio civilizar, pocas castas, muchos negros (25,000), constituyen su población. Este, robusto, sano, bien constituido y desnudo, unas veces recorre con alegría y con intrepidez los peligros de sus ríos, o atraviesa los bosques despreciando el veneno mortal de las serpientes, contra quienes tienen remedios victoriosos, que oculta, como el Bracmán, los dogmas de su religión; otras, cubierto de sudor, sumergido hasta la rodilla en el agua y armado de una robusta barra, agota todas sus fuerzas para arrancar de las entrañas de la tierra el oro y la platina. El maíz, la yuca y el plátano, unidos a la pesca abundante de sus ríos anchurosos, forman su subsistencia. Acostumbrados a la servidumbre, se sujetan con facilidad a la voz imperiosa de un solo hombre, a quien pudieran despreciar impunemente. Confinados en un rincón de estos bosques inmensos, entregados sin reserva a enriquecer a su dueño, separados del resto de los hombres, ignoran como el trapista todas las vicisitudes y todas las revoluciones del género humano. Todos los días de su vida son iguales, y a sus ojos parece que el tiempo ha perdido su imperio y que todas las cosas se han fijado para siempre. Su ambición se limita a merecer el mando de su tribu, y su codicia a recoger el valor de su persona y de sus hijos. Sin ideas, sin otros conocimientos que los de sus bosques y de sus ríos, nada desea, y vive contento en el centro de una barraca // miserable. (Caldas, 1808, p. 191-192).

El carácter bárbaro de los negros que habitaban en el *Nuevo Mundo* no fue, en este caso, producto de los efectos nocivos del clima americano y sí atributo intrínseco de las poblaciones de origen africano. En la visión de las élites *criollas* reverberaban las categorías de clasificación social operantes durante el período colonial, las cuales, a través de la diferenciación étnica, garantizaron posiciones privilegiadas dentro del orden social. En este sentido, negros e indios y cualquier descendiente de las mezclas de las denominadas “tres razas del género humano”, serían portadoras por definición de características negativas que los localizaban

automáticamente, en los más bajos estratos sociales. Históricamente, negros esclavizados y su descendencia fueron poseedores de rasgos salvajes, propios de su origen africano.

Para Jorge Tadeo Lozano, naturalista y también miembro del grupo de autores del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, de las tres razas que componen la población neogranadina, los negros pudieron conservar casi intacto, su carácter rudo y violento en los climas ardientes del Nuevo Reino, gracias a la semejanza con su medio de origen:

Muchos naturalistas han observado, que todas las producciones africanas manifiestan en su hábito y aspecto la aspereza del clima en que han nacido. Los negros son prueba palpable de esta aserción: su carácter moral se compone de todas aquellas pasiones, que hacen al hombre duro y poco sociable; en efecto junto con su extremada robustez se nota su torpeza, en las facultades intelectuales, que los hace tercicos para sostener sus caprichos, soberbios para no reconocer su inferioridad y estado miserable, y tontos para resistir a qualquiera instrucción que se les quiera dar. Los domina la luxuria y loca vanidad; y bien sea por su triste situación, o bien por efecto de su carácter y temperamento, miran la vida con la mayor indiferencia, y por cualquier discurso tratan de quitársela. (Lozano, 1808, p. 29)

La correspondencia establecida por intelectuales *criollos* entre las tierras "calientes" y la población negra, zamba y mulata del Nuevo Reino de Granada responde a la vigencia de una geografía binaria que establece rangos de jerarquía a las regiones y habitantes de este territorio. Este aspecto ha sido señalado por diversos estudiosos quienes a su vez llaman la atención sobre la necesidad de las élites *criollas* de legitimar un orden social en el cual sea plausible su superioridad sobre los demás grupos sociales. Así mismo, la concepción climática que establece una relación intrínseca entre una raza y un clima específico ampara una división del trabajo que instaura marcadores raciales en determinadas regiones del territorio en función de las aptitudes y habilidades de una raza o tipo poblacional (Serje, 2011 [2005]; Arias, 2005, Galvis, 2012).

De esta manera, las faenas requeridas en las tierras bajas estarían destinadas a la fuerza física de los cuerpos negros. Las inclemencias del clima y el “carácter indómito” atribuido a la naturaleza de estas regiones soportadas por el vigor de la llamada “raza africana”. La constante zozobra definía la relación que las élites blancas establecieron con los negros que habitaban las selvas del Chocó, los valles localizados entre las montañas andinas y el litoral Caribe. Las descripciones de los viajeros y especialmente, aquellas hechas por los integrantes de la Comisión Corográfica⁵, emprendimiento encomendado por el gobierno liberal de José Hilario López en 1850 y llevado en frente por el ingeniero militar Agustín Codazzi junto a un grupo de expedicionarios que tenía como objetivo la elaboración de un informe detallado de todo lo que se encontraba en la jurisdicción de la Nueva Granada (Restrepo Forero, 1999, p.33), dieron cuenta del malestar generado por la forma de vida de la población negra dentro de las élites *criollas*.

África, negros, mulatos y zambos en las descripciones geográficas de mediados del siglo XIX

Las tareas de medición, exploración y representación del territorio confiadas a los miembros de la Comisión Corográfica estuvieron a la par de las actividades de reconocimiento demográfico. Paisajes conmovedores no cedieron espacio a los datos precisos y certeros sobre su localización geográfica al tiempo que las costumbres y las virtudes morales e intelectuales de sus habitantes son subordinadas al papel del clima y sus efectos. La riqueza y la exuberancia de la

⁵ Para saber más sobre la Comisión Corográfica consultar la tesis de Olga Restrepo Forero. *La Comisión Corográfica. Avatares en la configuración del saber*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. También ver los trabajos de Efraín Sánchez (1999). *Gobierno y Geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica en la Nueva Granada*. Bogotá, Colombia: Banco de la República; Guido Barona Becerra, Camilo Domínguez Ossa, Augusto Javier Gómez López, Apolinar Figueroa Casas, Germán Mejía Pavony, Hector Llanos Vargas, Efraín Sánchez. *Geografía física y política de la confederación granadina*.

tierra, exaltadas de manera ejemplar por Francisco José de Caldas, encuentran seres afligidos por los aires emanados en estos lugares. En el análisis de Margarita Serje, esta visión dará sentido y fundamento teórico para el desarrollo de la oposición calor-frío, base de las diferenciaciones corrientes entre tierras bajas y las tierras altas en la Nueva Granada (Serje, 2011, p. 116-119).

La división tajante entre los “países andinos” y los “países ardientes” idealizada por los naturalistas *criollos* del Nuevo Reino de Granada en los primeros años del siglo XIX preconizaba el desarrollo afortunado de la civilización en las tierras altas andinas, en cuanto el salvajismo y la barbarie tomaban cuenta de las selváticas tierras bajas. El carácter apacible de *criollos* e indios que habitaban las montañas y los altiplanos andinos contrastaba de manera definitiva con la indolencia de los indios, negros, mulatos y zambos que constituían la población de litoral y de los valles interandinos. El carácter problemático de esta última se incrementaba, según la visión de las élites letradas *criollas*, con el desmantelamiento del sistema esclavista a mediados del siglo XIX. A pesar de su índole indómita, esta población representaba una fuerza de trabajo importante en diversas regiones del Nuevo Reino (Arias, 2005, p. 74).

La consonancia mencionada anteriormente entre la inclemencia del clima de las tierras bajas y el vigor físico de los africanos y sus descendientes, hace eco de la división de la mano de obra anhelada por las élites blancas. En la visión de estas últimas, la minería y la explotación agrícola de las “tierras salvajes” debían ser acometidas por gentes que guardaran semejanza con las mismas. En 1850, Manuel Ancízar, “publicista”⁶ encargado en el marco de la Comisión Corográfica de describir con minuciosidad aspectos geográficos, demográficos y estadísticos de las diversas provincias que componían la Nueva Granada, se refería a la relación de los africanos y sus descendientes con los quehaceres en climas cálidos:

⁶ Según la socióloga colombiana Olga Restrepo Forero, “publicista” era el nombre dado en la época al personaje que entre sus actividades conjugaba la literatura, la etnografía y el periodismo (Restrepo Forero, 1999, p.34).

El Totumal, vecindario dependiente de Aguachica, extiende su caserío pajizo asentado con el desorden peculiar a nuestros pueblos sin policía, en una sabaneta estéril, a 154 metros de altura respecto del mar. A la sombra señala el termómetro centígrado 31° desde las diez hasta las tres de la tarde, y al sol 48°, que equivalen a 1200 de Fahrenheit, término superior al calor de la fiebre. **La raza blanca no puede soportar esta temperatura, y vegeta en ella sin salud ni energía; cruzada con la africana produce una casta de atletas que reciben con gusto sobre sus cuerpos semidesnudos los quemantes rayos del sol y los aguaceros repentinos, y duermen a cielo abierto, a pesar de la oscilación de 10 a 12° que en el curso de la noche tiene la temperatura atmosférica; esta casta será perpetuamente señora de la extensa hoya del Magdalena, cuya fertilidad, que debemos llamar excesiva, mantendrá siempre en la infancia las artes de la civilización. Así, por virtud del clima predomina la sangre africana en los pueblos que ahora recorreremos, y prospera con sus costumbres libres, sus hábitos indolentes y su indiferencia por los goces morales e intelectuales, cuya consecución afana tanto y ennoblece a los hijos del Cáucaso.** Nada de habitaciones cómodas y adornadas; un techo levantado sobre horcones, entre los cuales se ponen algunas varas derechas que dejen paso al aire exterior; la muelle hamaca suspensa de las vigas; el maíz, el plátano y el pescado metidos de continuo en el fogón, y allí cerca un calabazo con la bebida fermentada, producto de la caña dulce o de la palma de vino (*corozo*). Fácil vida que ahorra las penas del trabajo y aleja las inquietudes de la previsión, pero que también prolonga indefinidamente la barbarie. Las instituciones políticas, las leyes llegan allá como un ruido de palabras; el alcalde manda según su voluntad, cuando encuentra quien le obedezca; el cura, semejante a las palmas ahogadas por el matapalo, cede a lo que le rodea, se barbariza, se hace comerciante o logrero, y acaba por olvidar sus votos y gazmoña educación de seminario: como cierto párroco de Casanare, que en 1847 salió a catequizar los indios guahibos, y ellos lo catequizaron haciéndole abandonar el vestido, tatuarse el cuerpo y proclamarse cordialmente salvaje. Lo fuerte absorbe sin remedio a lo débil. (Ancízar, [1853]1956, p. 422-423)⁷.

⁷ Subrayado mio.

La distinción entre las tierras altas y bajas, recurso bastante utilizado para resaltar las diferencias poblacionales en esta porción del continente americano en las primeras décadas del siglo XIX, se hace cada vez menos frecuente cediendo lugar a la oposición entre civilización y barbarie. Según el antropólogo Julio Arias (2005, p. 77), las descripciones hechas por la Comisión Corográfica apelaron a este contraste estableciendo de esta manera, una jerarquía dentro de cada una de las regiones que constituían el país. También el clima, a pesar de la importancia que le fue adjudicada en la constitución de diferencias entre las *razas humanas*, abdica de su papel determinante para dar paso a una serie de *causas físicas y morales* – como bien apunta el antropólogo Eduardo Restrepo (2007) respecto a las descripciones elaboradas por Agustín Codazzi y Felipe Pérez—, que serían responsables por el atraso y el estado de barbarie de las razas india y africana (p. 36).

Desde esta perspectiva, las tres grandes razas se desvanecen frente al surgimiento de *tipos* humanos que darían cuenta de la amplia diversidad de población de la Nueva Granada. De la mano de las descripciones, observaciones y pinturas de exploradores y viajeros, los tipos surgieron como estrategia de clasificación dentro de la pretendida unidad nacional. La variedad de gentes que habitaban el territorio comprendido como la Nueva Granada alcanzaba su síntesis en estas categorías condensadoras de los resultados derivados de la mezcla de las razas africana, europea e india. No obstante, y atendiendo a las observaciones de Julio Arias (2005), los tipos eran, sin duda alguna, marcadores de la diferencia dentro de la Nación idealizada por la élite letrada que a través de ellos, establecían un orden sobre la diversidad nacional (p. 80).

El abanico de personajes contemplados en la invención de estas tipologías no sólo respondía a la necesidad de apelar a una identidad racial que estaba al mismo tiempo vinculada a una región específica. Los *tipos neogranadinos* se referían a las relaciones económicas, de género y de clase en función de las preocupaciones

conferidas a cada uno de ellos. Evidentemente, estas clasificaciones atendían al proyecto civilizatorio anhelado por las élites hispanoamericanas, para quien la riqueza y la soberanía sólo podía ser alcanzada por medio del conocimiento cabal del territorio, sus habitantes y sus recursos.

Además de las figuras pictóricas suministradas por los viajeros y expedicionarios que recorrieron los países que conformaban la Nueva Granada a mediados del siglo XIX, la literatura y las relaciones geográficas proporcionaron información detallada sobre los tipos más comunes en este territorio. En el texto presentado ante la Sociedad de Geografía y Etnografía de París en 1860, José María Samper, célebre escritor y político colombiano, exponía con lujo de detalles las características de los *tipos neogranadinos*:

Todas las razas, pues, lo repetimos, tienen allí cabida y pueden ser observadas y comparadas en su desarrollo físico y moral. Y nada es más curioso que el fenómeno múltiple de las combinaciones de tipos, caracteres (sic) morales, tendencias y aptitudes que se derivan de la coexistencia de tantas razas, –unas enteramente puras, pero algo modificadas por las influencias del *medio* en que viven, otras relacionadas entre sí por cruzamientos más ó menos (sic) intensos. Entre los diversos tipos granadinos (prescindiendo de los puros europeos) escogeremos como los más notables los del *criollo* bogotano, el antioqueño blanco, el indio *pastuso*, el indio de la Cordillera oriental ó Chibcha, el *mulato* de las costas ó del bajo Magdalena, el llanero de la hoya del Orinoco, y el *zambo* batelero llamado en el país *boga*. Cada uno de esos tipos es la representación de un cruzamiento, ó de una raza ó de una modificación producida por la acción del *medio* físico y social. (Samper, 1861, p. 83)

Dentro de la variedad de *tipos* enunciada por Samper, elegí la descripción del *zambo* o *boga* –fruto de la mezcla entre indígenas y africanos, consideradas por el autor como *razas* inferiores y degradadas—, con la intención de apuntar para las características que, en la pluma de la élite letrada, estaban asociadas a la barbarie y el letargo.

Del *llanero* al *zambo* hay la distancia que media entre el pastor y el batelero, entre el descendiente de Europa y el descendiente de Guinea. Extraño tipo el del boga ó zambo del bajo Magdalena, del Atrato, etc.! La evidente inferioridad de las razas madres (la africana negra y la indígena cobriza) y su degradación mas ó menos profunda, auxiliadas por un clima en que todo fermenta, (porque el sol y la tierra se abrazan allí con infinita lubricidad) han producido en el zambo una raza de animales en cuyas formas y facultades la humanidad tiene repugnancia en encontrar su imagen ó una parte de su gran ser [...] Pero observad esa choza miserable que se destaca en la orilla del rio, sobre una barranca arenosa, á la vera del bosque virgen y de un pequeño platanar y un maizal. Debajo de un árbol se ve pendiente una hamaca de red de pita ó de bejucos ó cordones de paja: allí reposa el voluptuoso príncipe de la soledad, soñoliento, indolente, libre y salvaje como el árbol que le da sombra. (Samper, 1861: 95-98).

Sin embargo, la concepción de los *tipos neogranadinos* en las narrativas nacidas a mediados del siglo revela una manera novedosa de lidiar con el heterogéneo panorama poblacional. Los nuevos desafíos económicos obligaron a las élites a pensar en los habitantes de la Nueva Granada en función de su capacidad productiva y la vocación para el trabajo. El progreso y la civilización, tal como afirma el antropólogo Eduardo Restrepo, estarían al alcance de la raza africana, sus *mezclas y descendientes* con una orientación adecuada que contemplara los efectos positivos de la influencia del “*movimiento mercantil* o de la *imitación de pobladores industriales* asentados en zonas vecinas e incluso de dinámicas internas como el propio crecimiento demográfico o de las medidas gubernamentales” (2007: 42). También para José María Samper, los tipos derivados de la mezcla de razas inferiores serían susceptibles a la civilización de la fuerza del paso del progreso:

Y bien: ¿se deberá desesperar del porvenir del zambo? De ningún modo, **aunque sea la peor casta ó raza del país**. Mientras el desierto le rodee, seguirá vegetando; pero el desarrollo del comercio, de la navegación, de las vías de comunicación, de la agricultura, etc., irá llevando la civilización, de

conquista en conquista, por selvas y valles; y no muy tarde esas castas inferiores, mezcladas al movimiento común, recibirán instrucción, se educarán progresivamente, hasta elevarse, gracias á la libertad y á la igualdad, por el contacto y la fusión con las demás castas. Su concurso industrial será entonces precioso, por la energía física, del mestizo, enervada apenas por falta de estímulo y aplicación. (Samper, 1861, p. 98-99)⁸.

Las demandas económicas y el crecimiento del mercado de productos agrícolas originarios de los trópicos impulsaron la incorporación de las tierras *calientes* y de sus habitantes a través del estímulo de ondas colonizadoras venidas de las tierras altas de los Andes. Las esperanzas de progreso económico vinculadas al potencial de riquezas de su suelo, hizo de estos territorios lugar de oportunidades para la variopinta población neogranadina. En este escenario fecundo, cada uno de los denominados tipos neogranadinos encontraba su lugar. No es extraño, por tanto, la permanencia de jerarquías que continuaban asignando a los cuerpos de africanos y sus descendientes, los rigores del trabajo físico. Al escribir sobre la villa de San José (hoy Cúcuta), Manuel Ancizar describía de manera pormenorizada los tipos allí encontrados, sus hábitos y los oficios a los cuales se dedicaba:

La población se compone del 33 por 100 de blancos, en quienes residen la ilustración y cultura; el 27 por 100 de mestizos, que forman escalón intermediario; **y el 40 por 100 de africanos, cuyo lote es el trabajo físico y su patrimonio la inalterable salud en medio de las ciénagas y ríos, sean cuales fueren las intemperies que sufran.** El tipo masculino de los primeros es el joven voluble, vestido a la ligera con chupetín o chaqueta de lienzo y casaca los domingos, dedicado al comercio, atento, despejado, bailador y poco instruido, salvo en requiebros y galanteos; el femenino es la damita de proporciones delgadas, aspecto débil, modales pulcros, talle flexible y profusa cabellera, en el vestir muy aseada y elegante, siguiendo las modas francesas, en el trato llena de amabilidad e ingenio, sobremanera sociable y cariñosa, pero siempre recatada. La música y el baile son su vocación, y rara es la casa donde al caer la noche no suene un piano con las marcadas cadencias del valse, o un arpa maracaibera, o por ventura

⁸ Subrayado mio.

dos voces de timbre juvenil unidas para cantar trovas de amor. En los mestizos se manifiesta el tipo local, completamente criollo desde el traje hasta el alma; los hombres de mediana estatura, sueltos y ágiles, vistiendo pantalón de dril y camisa blanca, sombrero de nacuma excesivamente pequeño y nada de ruana; zapateadores, tipleros y enamorados, un tanto afectos a la botella y al juego, pero trabajadores y de índole buena, sin modales ni lenguaje descompuestos, como los del boga que tripula los bongos en el Zulia; las mujeres pequeñas, sabiendo que son bonitas y procurando lucir y ejercitar este dón de gentes, el cuerpo bien repartido, limpio y ondulante, alegres y listas para cualquier lance y respuesta. Entre ellas como entre los hombres hay bastantes de piel blanca en que a primera vista no se percibe la mezcla de sangre africana; constituyen la porción selecta de su tribu, y gastan lujo por vanidad y cortesanía por instinto. (Ancízar, [1853] 1956, p. 447-448)⁹.

Dentro de la extensa gama demográfica, fruto de la continua mezcla, el *boga* se convirtió en una figura destacada en los escritos de la élite ilustrada (Arias, 2005, p. 95). Consagrados al transporte de gentes y mercancías por el río Magdalena, principal arteria fluvial del Nuevo Reino, los negros, zambos y mulatos ostentaban una fuerza y belleza física excepcional concomitante al carácter salvaje y bárbaro permanentemente asociado a sus cuerpos. Sus hábitos, casi animalescos según las descripciones de los viajeros, encarnaban la oposición al hombre civilizado de las tierras altas andinas. A pesar de que el *boga* emerja como una figura portadora de sentimientos profundamente humanos en la poesía de Candelario Obeso, mulato ilustrado nacido en Mompox –que fuera hasta la mitad del siglo XIX el puerto más importante sobre el río Magdalena– (Arias, 2005, p. 96; Obeso, 1877 [2010]), la producción literaria y científica no dejó de considerarlo como un personaje problemático y ambivalente.

La confección de esta suerte de arquetipos sentó las bases de una estructura jerárquica que amarraba asimetrías económicas, raciales y morales para constituir lo nacional. En el ocaso del siglo XIX, las disciplinas científicas estarán preocupadas en el establecimiento de patrones raciales, médicos y criminales para

⁹ Subrayado mio.

caracterizar a los integrantes de la nación colombiana. En este ámbito, las imágenes de negros, zambos y mulatos todavía problemáticas, recordaron un pasado africano de naturaleza desproporcionada que bajo la influencia de la antigua literatura de viajes, se constituiría en habitación de seres bestiales.

Consideraciones finales

El conjunto de representaciones creado en torno a África, a los africanos y sus descendientes en las Américas en la producción de algunos intelectuales comprometidos con la formación de una identidad nacional en Colombia durante el siglo XIX, estuvo definido en buena medida por la influencia de relatos de viajes que promovieron estereotipos peyorativos frecuentemente asociados al continente africano y sus habitantes. En el estudio de estas narrativas, es posible verificar cómo la apropiación de categorías que durante siglos circularon en el imaginario occidental y fueron usadas en la demarcación y definición de la alteridad, contribuyó de manera tajante a la difusión y permanencia de referencias etnocéntricas para distanciar al otro del entendimiento que de sí mismo tiene el grupo definidor —en este caso, las élites criollas—. Nos deparamos por tanto, con apreciaciones peyorativas sobre la naturaleza africana y sus habitantes que después de transitar un largo camino en el pensamiento filosófico occidental, se renuevan al encuentro de tierras americanas. Viajes de exploración y expediciones científicas por estos parajes no hacen más que dar coherencia a prejuicios que ratifican la existencia de sistemas de clasificación y jerarquías raciales que justifican la intervención de hombres civilizados.

El proceso mediante el cual referencias imagéticas cargadas de imprecisiones, falacias y ambigüedades se revisten de científicidad y rigor, acompaña la confección de un régimen de conocimiento que a través de la creación de disciplinas científicas, garantizaba privilegios de enunciación y producción de

diferencias. La consolidación de teorías científicas como modelos legítimos para entender las características físicas, morales e intelectuales de los africanos y de sus descendientes en Colombia, fue la impronta dejada por los emprendimientos intelectuales institucionalizados durante el siglo XIX. El advenimiento de la eugenesia en los últimos años de ese siglo abrió un abanico de nuevas investigaciones sobre la raza, al tiempo que ratificó vigorosamente estereotipos raciales negativos que ya circulaban en ámbitos políticos e intelectuales. La contribución negra a la formación del pueblo colombiano fue descalificada alegando su evidente inferioridad e incapacidad de evolución. Los sistemas de clasificación creados por disciplinas como el Derecho y la Medicina encuadraron a los negros como sujetos “degenerados” y “potenciales” criminales con pocas posibilidades de redención. En este contexto, científicos y juristas se involucraron en acalorados debates marcados por sus diferencias en la práctica profesional y en el modo de entender al país.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

Ancizar, M. (1853 [1956]). *Peregrinación de Alpha. Por las provincias del Norte de la Nueva Granada, en 1850-51*. Bogotá, Colombia: Biblioteca de la Presidencia de la República.

Caldas, F J. (1808). Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá, con relación a la economía y el comercio, por Don Francisco Joseph de Caldas, individuo meritorio de la Expedición Botánica del Reyno, y encargado del Observatorio Astronómico de esta Capital. En *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, (1), 183-211.

_____ (1808a). Del influjo del clima sobre los seres organizados. Por Don Francisco Jose de Caldas individuo meritorio de la Expedición Botánica de Santa Fé de Bogotá, y encargado del Observatorio Astronómico de esta capital. En *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, (22), 136-196.

Obeso, C. (1877 [2010]). *Cantos populares de mi tierra. Secundino el zapatero*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura, Biblioteca de Literatura Afrocolombiana.

Oviedo, B V de. (1930). *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada. Manuscrito del siglo XVIII*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.

Lozano, J T. (1808 [2004]). Fauna cundinamarquesa (Tomo I). *La Tadeo 50 años*, (69), 23-30.

Rivas, M. (1899 [1946]). *Los trabajadores de tierra caliente*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.

Samper, J M. (1861 [1969]). *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Fuentes secundarias

Arias Vanegas, J. (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes.

Castro-Gómez, S. (2005). *La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. 1750-1816*. Bogotá, Colombia: Universidad Javeriana.

Galvis Villamizar, S. (2013). *Examinado la Nación. Descripciones científicas del territorio y las poblaciones colombianas en el siglo XIX* (tesis de Doctorado en Antropología). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Nieto, M.; Castaño, P. y Ojeda, D. (2005). "El influjo del clima sobre los seres organizados" y la retórica ilustrada. En *Semanario del Nuevo Reyno de Granada. Historia Crítica*, (30), 91-114.

Restrepo, E. (2007). Negros indolentes en las plumas de corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX. En *Nómadas*, (26), 28-43.

Restrepo Forero, O. (1999). Un imaginario de Nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica. En *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, 26, 30-58.

Serje, M. (2011). *El revés de la Nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, CESO, Ediciones Uniandes.